

la palabra *cesion* lo dice todo, y para esto no se necesita ningun escrito.» Contestó que á lo menos se le debia explicar el modo de hacer aquella cesion. Al oír esto les faltó la paciencia, y le dijeron que él no tenia mas objeto que alejar la paz de la Iglesia. Ofendido de estas palabras, ó afectando que lo estaba para eludir la dificultad, dijo en tono altivo: «sobre todo, nadie tiene derecho para obligarme á hacer lo que yo no quiera. Yo dependo únicamente de Jesucristo, cuyo lugar ocupo en la tierra, y á él solo tengo que dar cuenta del gobierno de la Iglesia.» Aquí dió fin la sesion, y salieron los príncipes echando chispas para volverse á Villanueva.

El mismo dia invitaron á los cardenales á que pasasen á verse con ellos, y luego que estuvieron juntos, les pidió el duque de Berri que dijese en conciencia, cada uno como persona privada y con toda imparcialidad, qué medio les parecia mas á propósito para proporecionar seriamente la union; á lo que respondieron en número de diez y nueve (1): «el medio de la conferencia, segun lo ha propuesto el Papa, nos parecia conveniente; pero pues el de la cesion parece mejor al rey y á su consejo, deferimos á su dictámen ilustrado y nos conformaremos con vuestra voluntad.» Los príncipes levantaron acta de la respuesta de los cardenales en la cual convinieron todos unánimemente, á escepcion del cardenal de Pamplona, aragonés como Benedicto y acérrimo defensor suyo; pues dijo con impaciencia y enfado que el verdadero medio de dar fin al cisma era levantar un ejército contra el antipapa romano y precipitarle de su trono.

Informado Benedicto muy por menor de lo que habia pasado en casa del duque de Berri, buscó á los embajadores, y volvió á entablar las conferencias. En la del dia

(1) *Spicil. t. 6, p. 133; Hist. anon. p. 290.*

12 de junio se quejó amargamente del poco miramiento con que se le habia tratado, y recurriendo en el apuro en que se hallaba á los arbitrios mas despreciables: «es regular, dijo, que porque no tengo la fortuna de ser francés, se llega al extremo de apelar á la violencia para obligarme á hacer la cesion.» No era difícil demostrar la puerilidad de este cargo, y el duque de Berri satisfizo á él con una multitud de hechos y de razones que no tenian réplica. La respuesta de Benedicto fué una bula expedida ocho dias despues, y llena de esas protestas de amor á la Iglesia y frases pomposas que ya no engañaban á nadie. Leida y publicada esta bula en el palacio á presencia de los tres duques, no produjo otro efecto que el de escitar su indignacion. Inmediatamente se separaron del antipapa, y los cardenales de Albano y de Pamplona, temiendo alguna resolucion violenta, los acompañaron á Villanueva; pero no tardaron en desunirse los dos conciliadores. El cardenal de Albano echó en cara al de Pamplona haber fabricado aquella bula, y que queria gobernar al antipapa en todo y por todo con la misma imprudencia. El orgulloso aragonés le dijo que mentia, y en pocos momentos se propasaron uno y otro á unas palabras tan injuriosas é inconvenientes, que toda la seriedad de la escena vino á parar en una farsa, dando mucho que reír á los príncipes (1).

Pocos dias despues, á pesar del incendio que consumió en este intervalo parte del puente de Aviñon, imputándose mutuamente esta desgracia las dos facciones opuestas, pasaron los príncipes el rio en una barca, y fueron á alojarse en casa de los cardenales con quienes tenian mayor confianza. Permanecieron todavia en Aviñon diez y siete dias, en cuyo tiempo concurrieron

(1) *J. Juv. p. 8.*

muchas veces con los cardenales al convento de los franciscanos, y deliberaron con mucho órden y madurez. Se examinó desde luego la última bula de Benedicto, y estando presentes todos los cardenales, á escepcion de los de Pamplona, San Marcial y Vergi, convinieron en desecharla, y renovaron la aprobacion que habian dado al medio ó arbitrio de la cesion. El dia siguiente fueron á echarse á los pies del antipapa, y le pidieron la gracia de que adoptase este partido, que parecia el mas acertado. Dió muestras Benedicto de que cedia á sus instancias; pero la vispera de San Pedro quedaron muy sorprendidos al recibir otra bula en confirmacion de la anterior. Al momento fueron á protestar su desagrado delante de los príncipes, los cuales aprovecharon esta ocasion para pedirles que diesen palabra por escrito de preferir el medio de la cesion á todos los demas y de trabajar para su buen éxito de acuerdo con la Francia. Ofrecieron firmar este escrito, despues de hacer el último esfuerzo para ver si podian reducir al antipapa.

El dia primero de julio se presentaron en su audiencia con esta acta en la mano; y todos ellos, á escepcion del cardenal de Pamplona, le suplicaron arrodillados, y la mayor parte llorando, que evitase por último los extremos á que le esponia su inflexibilidad. Nunca se mostró Benedicto mas intratable que en esta ocasion, diciéndoles en tono altivo y colérico: «Sabed que sois súbditos míos, y que yo soy señor, no solo del clero, sino de todos los hombres, los cuales están sujetos á mi autoridad por disposicion del mismo Dios.» Cogió el acta, la leyó precipitadamente, y dijo: «no puede haber cosa mas perjudicial.» Les prohibió que la aprobasen, y publicó otra bula, en que los amenazaba con un riguroso castigo si se atrevian á firmarla; pero añadiendo los artificios de un corruptor al len-

guage imponente de un Sumo Pontífice, continuó á los príncipes, que si querian tomar parte en sus designios, les abandonaria la conquista de los Estados de la Iglesia en Italia, y los colmaria de tantos honores y riquezas, que jamás los habria recibido iguales de ninguno de sus predecesores la casa Real de Francia; á lo que respondieron con desprecio, que bastante grandeza tenian ellos por sí mismos, y que en todo caso no necesitaban su aprobacion para hacer la guerra donde mejor les pareciese (1).

Sin embargo, el dia 4 de julio volvieron á reunir el Sacro Colegio. Se resolvió en esta junta hacer una nueva tentativa con el antipapa y obtener por lo menos la revocacion de las bulas y de las prohibiciones intimadas últimamente á los cardenales, y despues se envió á pedirle audiencia. La prometió para dentro de dos dias; pero habiendo llegado ese dia y el siguiente, no cesó de suscitar dificultades, aumentándose estas mas y mas á proporcion de las atenciones y miramientos de los embajadores. Cansados en fin, y deseando concluir prontamente este asunto, se presentaron en la audiencia el dia 8 del mismo mes, introducidos por los cardenales, quienes en cierto modo tuvieron que abrirse paso á viva fuerza. Pero ya que consiguieron ver al obstinado Pontífice, no les fué posible hacerle ninguna impresion con sus razones, porque respondió constantemente que deseaba la paz de la Iglesia con mas ardor que otro alguno, y que las declaraciones que habia hecho contenian los medios mas á propósito para lograrla. Mucho tiempo habia que los príncipes estaban desengañados de un celo que solo consistia en palabras, y así se despidieron del antipapa con pocas ceremonias, invitando á los cardenales antes de salir del palacio á una junta para el dia siguiente en

(1) *Hist. anon. p. 304.*



el lugar donde solian tener sus conferencias. Cuatro doctores de la universidad hablaron en ella sucesivamente y con gran desembarazo contra las ideas y pretensiones de Benedicto; en seguida refutaron á un fraile dominico inglés, que á vista de ellos predicaba insolentemente contra la conducta de la corte de Francia y de la universidad de Paris; y despues volvieron con los príncipes á esta capital á hacer la horrible pintura de una obstinacion, que fué cada dia en aumento hasta tal extremo que apenas es creíble, á pesar de los monumentos mas auténticos. Pedro de Luna, elevado al cardenato por Gregorio XI, habia de justificar sobradamente el presentimiento de este Pontífice, el cual, dice Maimbourg (1), habiendo sabido que era ambicioso, aferrado á su dictamen y de un genio muy vivo, le dijo al darle el capelo: «Hijo mio, cuidado no se eclipse algun dia tu luna.»

En el consejo que se tuvo con este motivo, se resolvió que tratase el rey con los demas príncipes cristianos, á fin de reducir á los dos Papas al medio de la cesion, ó tomar á lo menos las providencias que parecieren mas prontas y eficaces para terminar el cisma. Se enviaron embajadores á Alemania, á Inglaterra, á los varios soberanos de España y aun á Italia al mismo Bonifacio; pero el espíritu de preocupacion ó de rivalidad impidió casi todo el éxito de las negociaciones, no menos que de las cartas que con el mismo objeto escribió la universidad de Paris á las diferentes universidades del orbe cristiano. El imperio de Alemania, gobernado como se deja discurrir por el estúpido Wenceslao, atendió muy superficialmente á este punto capital de la Religion; y entre los cuatro príncipes cuyo auxilio se imploró en primer lugar, á saber, los duques de Austria y

(1) Lib. 3.

de Baviera, y los electores arzobispos de Tréveris y de Colonia, solo pareció que este último le miraba con interés. Segismundo, rey de Hungría, de la misma familia que Wenceslao, pero de muy distinto carácter, aprobó el medio de la cesion, y prometió emplear todo su poder para que le adoptase el emperador su hermano; pero no tardó este príncipe en tener otro cuidado á que atender.

Bayazeto, llamado Ilderim, que quiere decir *rayo*, á causa de la rapidez de sus conquistas, cuarto sultan de la casa otomana, usaba de una arrogancia despótica con todos los soberanos inmediatos á sus Estados, ensoberbecido con sus primeros triunfos contra los pequeños príncipes de Grecia (1). Habiendo hecho edificar una ciudadela en Constantinopla el emperador Juan Paleólogo, para que le sirviese de asilo en caso de necesidad, envió á decirle sin mas ceremonia el imperioso sultan, que la demoliese y que de lo contrario haria que se arrancasen los ojos al príncipe Manuel (hijo primogénito y sucesor presuntivo de Paleólogo), que se hallaba á la sazón bajo el dominio de Bayazeto á quien habia ido á llevar los socorros que exigia aquel vecino tiránico. Incapaz de resistir á un poder tan formidable, y hallándose por otra parte sumamente postrado con motivo de la gota y de otros males que le habia producido su libertinage, no tuvo Paleólogo mas arbitrio que obedecer, y murió poco despues. Manuel se escapó de noche y fué á Constantinopla en el año 1391 á que le reconociesen por emperador. Ofendido de esto el sultan, envió á decirle inmediatamente: «Quiero que haya un cadí en tus Estados para que administre justicia á los musulmanes: si no consientes en ello cierra las puertas de tu ciudad, y reina en su recinto porque todo

(1) Ducas. c. 43.

lo que está de la parte de afuera es mio.» Pasó inmediatamente á Tracia, arruinó todas sus plazas, llevó cautivos á los habitantes, se apoderó hasta de Tesalónica y estrechó de tal modo á Constantinopla, que esperiméntó muy en breve esta ciudad todos los horrores del hambre. Viéndose en semejante apuro el emperador Manuel, escribió al Papa, al rey de Francia y al de Hungría para que le socorriesen prontamente.

Amenazado tambien el rey Segismundo de una invasion por la Hungría, envió tambien una embajada al rey Carlos (1), y resultó de ella el efecto que se deseaba, pues salió de Francia un número considerable de gente distinguida, á las órdenes del conde de Nevers, hijo del duque de Borgoña, acompañado de los dos primeros oficiales militares de la corona, á saber: el condestable Felipe de Artois y el almirante Juan de Viena. No correspondió el éxito á lo que se esperaba de aquellos jóvenes ilustres, llenos de valor y de resolucion, pero muy licenciosos é independientes para una expedicion en que no era menos necesaria la buena conducta que la intrepidez. Empezaron provocando al enemigo, contra el dictamen del rey Segismundo, y se apoderaron de un castillo y degollaron á todos sus habitantes. Despues pusieron sitio á la ciudad de Nicópolis. Acudió Bayazeto á socorrerla, y se dió una gran batalla, en la que los franceses quisieron hallarse en la vanguardia, pero fueron derrotados, y los que pudieron evitar la muerte cayeron en las cadenas del vencedor. El condestable y el almirante murieron en el campo de batalla, y el conde de Nevers, que quedó prisionero, dió doscientos mil escudos por su rescate (1396). Se cuenta, que oyendo Bayazeto antes del combate la relacion de los

(1) Frois. l. 4, c. 67; Juv. pag. 124.

desórdenes de todo género que reinaban en el ejército cristiano, dijo con satisfaccion el mahometano: «Serán vencidos, pues han irritado á Jesucristo su Dios (1).»

El sentimiento que causó en Francia este suceso deplorable, se templó en parte con el tratado que el rey habia ajustado desde 1395 con la Inglaterra, siendo su basa el casamiento de la princesa Isabel con el rey Ricardo (a). Habiéndose abocado los dos monarcas en Calais, á donde habia llevado Carlos á la princesa su hija para la solemnidad del matrimonio, conferenciaron tambien sobre el importante asunto del cisma, acerca del cual se empezó á tratar en el año anterior por medio de los embajadores franceses. El rey de Inglaterra le habia remitido á la universidad de Oxford; y en la conferencia que tuvo con su suegro, le complació hasta el extremo de declararse á favor de la cesion, bien que este medio no

(1) Hist. anon. p. 332.

(a) Tambien con un casamiento terminaron las contiendas entre el rey de Castilla don Juan I con el duque de Lancaster, quien por su muger doña Constanza de Castilla pretendia tener derechos á la corona castellana y quiso hacerlos valer, aunque sin éxito, con las armas. Ajustóse pues la paz entre el de Lancaster y don Juan en un pueblo de Portugal llamado Troncoso. Estipularonse ocho condiciones, siendo la primera que el hijo primogénito de don Juan, don Enrique, de edad de nueve años, habia de casar con doña Catalina, de edad de catorce, hija del duque de Lancaster, y de doña Constanza de Castilla; y que si don Enrique muriese antes de consumir el matrimonio, deberia su hermano don Fernando casarse con la dicha doña Catalina. Ratificóse en Bayona este tratado, y tal vez la circunstancia de darse en Inglaterra al primogénito y presunto heredero de la corona el título de príncipe de Gales, inspiró la idea de dar á don Enrique y doña Catalina el título de príncipe y princesa de Asturias, que desde entonces se ha conservado á los primogénitos de nuestros reyes. Segun Salazar de Mendoza en sus *Dignidades de Castilla* (lib. 3, cap. 23), la forma que observó el rey D. Juan al conferir á su hijo D. Enrique aquella dignidad, fué la siguiente: «Sentó á su hijo en un trono Real, y llegó á él y vistióle un manto, y púsole un chapeo en la cabeza, y en la mano una vara de oro, y dióle paz en el rostro llamándole príncipe de Asturias.» Las bodas entre don Enrique y doña Catalina, que segun hemos dicho fueron los primeros que llevaron el título de príncipes de Asturias, se celebraron con la mayor suntuosidad y aparato en la catedral de Palencia el año 1388, solemnizándolas con justas y torneos. (N. del E.)



merció la aprobacion de aquella universidad, antes bien insistió esta constantemente en la necesidad de reunir un concilio general, y efectivamente fué este el único medio con que se pudo restablecer la paz de la Iglesia. Sin embargo, adoptó Ricardo el plan de los franceses, y trató seriamente de su ejecucion. Quedó, pues, acordado entre él y Carlos VI, que á mediados de febrero del año siguiente 1397 enviarían embajadores á los dos Papas para declararles que las Cortes de Francia y de Inglaterra habian elegido el medio de la cesion, y determinarlos á que la adoptasen por sí mismos en tiempo oportuno, á fin de que el día de San Miguel, 29 de setiembre del mismo año, se pudiese dar á la Iglesia una sola Cabeza, un solo Gefe. Se convino igualmente en hacer nuevas tentativas para atraer al mismo partido al emperador Wenceslao, de quien se presumia que habia de tener un influjo decisivo en las deliberaciones de los demas principes del imperio.

La España, á donde fué enviado Simon de Cramaud, patriarca titular de Alejandria, con Gil de los Campos y algunos otros doctores, no tuvo dificultad en adoptar el pensamiento de la corte de Francia. A pesar de las maniobras secretas del Papa Benedicto, el rey Enrique III de Castilla, y los reyes de Aragon y de Navarra tuvieron varias juntas de prelados y doctores para proceder con actividad á la estincion del cisma segun el plan de los franceses. Pero estos proyectos espermentaron despues grandes contrariedades con motivo de la muerte precipitada de don Juan I, rey de Aragon, el cual habia manifestado siempre un ardor sincero por el bien de la Iglesia, y estando un dia divertido en el ejercicio de la caza, cayó del caballo y murió de resultas de la caída á los cuarenta y cinco años de edad (1395). Don Martin, su hermano y sucesor, protegió y sostuvo con obstina-

cion los intereses de Benedicto, y aun se habia casado con una parienta suya muy inmediata llamada Maria Lopez de Luna (a).

(a) Habia sucedido ya don Enrique á su padre don Juan. Este, despues de celebradas Cortes en Guadalajara (1390) en las que entre otros puntos importantes que se trataron se lizo un *ordenamiento de lanzas* que fué como una organizacion militar del reino, un *ordenamiento de perlados* encaminado principalmente á satisfacer las quejas de los obispos sobre diezmos que indebidamente cobraban los legos y á determinar de qué impuestos habian de estar libres y exentos los clérigos y de qué tierras y para qué objetos habian de pechar como los demas ciudadanos, que eran las tierras heredadas con esta carga y las derramas hechas para obras y objetos del procomunal; otro *ordenamiento* en fin, de sacas, ó sea de exportacion, prohibiendo extraer del reino oro, plata, ganado, especialmente caballar, y otros objetos de que el reino escaseaba; despues, decimos, de celebradas estas Cortes en Guadalajara y de arreglar treguas con Mohammed, rey moro de Granada, y con el maestre de Avis (quien en 6 de abril de 1385 fué proclamado rey de Portugal en Coimbra con el nombre de Juan I, y en 14 de agosto del mismo año dió la tristemente célebre batalla de Aljubarrota en que quedó derrotado el ejército castellano, salvándose con gran dificultad sus restos); don Juan de Castilla, á quien la desgracia de Aljubarrota habia causado la mas penosa impresion, fué á pasar el verano en la abadía de la Granja, situada en un lugar llamado Sotos Alvos, sitio agreste y fresco, que andado el tiempo se habia de convertir en uno de nuestros sitios Reales mas amenos. En la inmediata ciudad de Segovia fundó la orden y condecoracion del collar de oro con una paloma blanca, que dió á algunos de sus caballeros, pero cuya divisa cayó inmediatamente en desuso. En lo mas áspero de las vecinas sierras, cerca de Rascacria, en el valle de Lozoya, fundó el monasterio de frailes cartujos llamado el Paular. Estos fueron los últimos actos del rey don Juan I de Castilla; pues con ánimo de pasar el invierno en Andalucía por exigirlo así el delicado estado de su salud, hallábase ya en Alcalá de Henares, donde habian de reunirse la reina y sus hijos. Pero ocurrió que un domingo (9 de octubre de 1390), habiendo salido el rey á caballo con el arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio y varios nobles y señores de su corte, al atravesar un barbecho apretó las espuelas á su caballo, y tropezando este en la carrera cayó con el rey, y cogiéndole debajo le aplastó y fracturó todo su cuerpo. Los caballeros, por mas que corrieron, no pudieron llegar á tiempo para salvarle, pues el rey habia ya espirado. Grande fué la pesadumbre de todos los de su séquito: «é era muy gran drazon», dice la Crónica, «a fuera el rey D. Juan de buenas maneras, é buenas costumbres, é sin saña ninguna; como quier que ovo siempre en todos sus fechos muy pequeña ventura, señaladamente en la guerra de Portugal.» Esta desgraciada muerte tuvo don Juan I de Castilla á la edad de treinta y dos años y despues de haber reinado once años, cuatro meses y doce dias. El arzobispo de Toledo, testigo de la catástrofe, llamó á los médicos, y de acuerdo con ellos, dice un escritor, hizo difundir por unos dias la voz de que el rey no era muerto, mientras enviaba cartas á las ciudades y á los señores del reino noticiándoles que se hallaba en pe-

Aun fué menor el efecto que produjo la embajada que se envió á los dos Papas rivales, no obstante que la autorizaban expresamente los reyes de Francia, de Inglaterra

y de Castilla. Benedicto, que fué el primero á quien vieron los embajadores, solo trató de alucinar y de ganar tiempo segun tenia de costumbre. Bonifacio se mostró al principio mas tratable. «Padre Santo, le dijeron los prelados de su consistorio: decid que accedereis gustoso á todo lo que os aconsejen los reyes, con tal que el pretendido Papa de Aviñon abdique por su parte; que señalen el lugar en que quieran que se celebre el cónclave, y que sin perder un momento pasareis allá con vuestros cardenales.» Era infalible el éxito de esta condescendencia, atendido el estado de las cosas, porque Benedicto, lejos de hacer otro tanto á causa de su desmedida ambicion, hubiera indispuerto los ánimos de todos, y en tal caso se conciliaba Bonifacio naturalmente las dos obediencias. Conoció la prudencia

que se presentaran algunas peticiones contra ellos. Don Juan hizo grandes esfuerzos por contener la matanza, y mandó restituir á los bautizados los bienes de que se les habia despojado. Por lo que hace al cisma, adicto ya Aragon á Clemente VII, recibió con grande alegría la noticia de que, muerto aquel, su colegio de cardenales habia elegido sucesor suyo al aragonés Pedro de Luna con el nombre de Benedicto XIII, celebrándose esto en Barcelona con una procesion pública á que asistieron el rey y la reina. Las bellas cualidades que parecian distinguir á Pedro y la esperanza que se habia concebido, como dice arriba nuestro historiador, de que un prelado tan distinguido adoptara todos los medios, hasta el de la abdicacion, para restituir la paz á la Iglesia, hizo que fuese tan bien recibida la eleccion de Benedicto, quien de aqui aparece cuán burladas dejó todas esas esperanzas. Poco sobrevivió don Juan; era muy dado á la caza y á la vida muelle; la caza, los sarao, los conciertos le ocupaban casi enteramente, y de ahí vino el dictado de Juan el Cazador y el Indolente y de ahí tambien vino su muerte; pues hallándose de caza, ó le acometió un accidente ó se espantó el caballo, y cayó, encontrándose ya muerto cuando se acudió en su socorro. Era esto en mayo de 1395. Como no dejó hijos varones tocóle la sucesion del reino á su hermano D. Martin duque de Montblanch, que se hallaba en Sicilia reduciendo aquel Estado á la obediencia del rey D. Martin su hijo. Vino pues desde Sicilia á ocupar el trono de Aragon, y mostrósese acérrimo defensor de su pariente Benedicto; y con su talento y habilidad en el gobierno temporal, se atrajo las voluntades de sus súbditos; y con los elogios y promesas que prodigaba á todos, los indujo á que siguiesen el partido que habia abrazado y que determinó sostener con todas sus fuerzas.